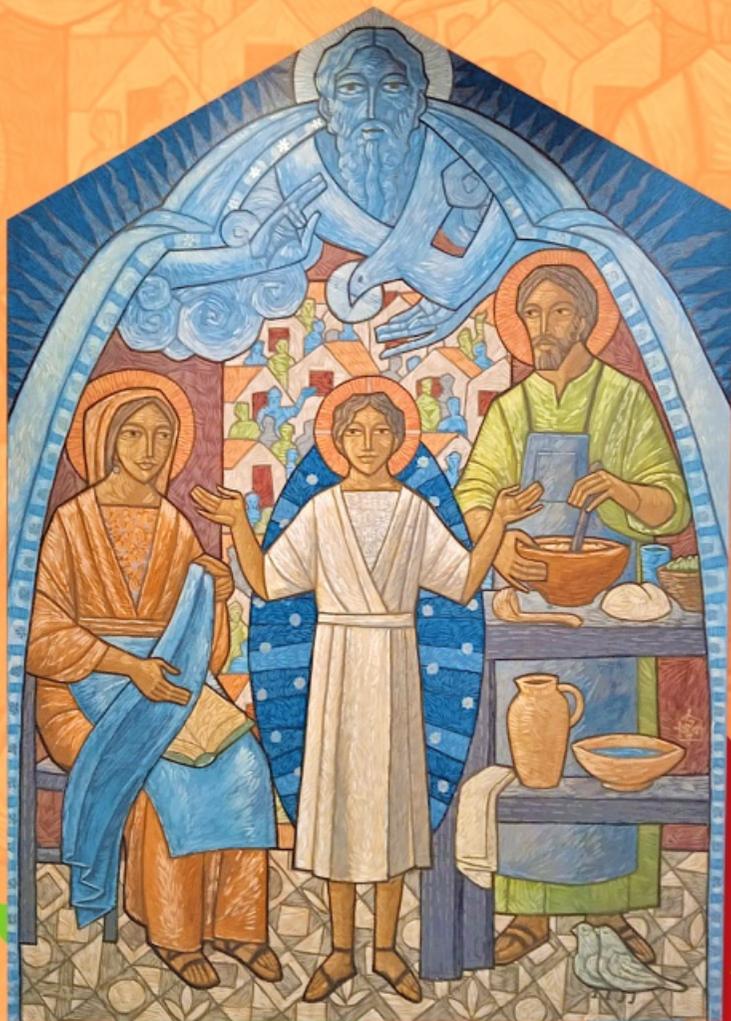


Laicos

Bajo el mismo techo de Nazaret



Hermanos de la Sagrada Familia

Roma, 2023

Laicos **Bajo el mismo** **techo de Nazaret**

Hermanos de la Sagrada Familia

Roma, 2023

PORTADA: *“La Sagrada Familia y la Trinidad”*. Pintura del Hermano Edgardo Campos en la Casa Gabriel Taborin de Belley (Francia), 2022.

La escena representa a Jesús, María y José en la casa de Nazaret. María en oración y trabajo como mujer laica, José, *“pater nutritius”*, que aporta el alimento y realiza tareas domésticas. Jesús, en actitud de bienvenida y acogida.

La puerta abierta detrás de Jesús recuerda que era una familia en relación con el mundo. En el exterior se ven casas y gente de diferentes colores sugiriendo la diversidad del mundo en que vivimos y que también forman parte de esta familia.

La mano del Padre bendice a Jesús: *“Este es mi Hijo amado, escuchadlo”* (Mc 9,7). La escena familiar está rodeada de un halo azul que evoca al Dios Creador del universo. Su manto de misericordia abraza todo aludiendo a San Pablo: *“En él vivimos, nos movemos y existimos”* (Hch 17,28).

Las dos palomas recuerdan la ofrenda en el Templo. La palangana con la toalla insinúa el mandato de Jesús: *“También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros”* (Jn 13,15), el espíritu de servicio que es elemento esencial del espíritu de familia

Sumario

Prólogo	7
1. Laicos en la Familia Sa-Fa, convocados a vivir un mismo espíritu	9
2. En Nazaret aprendemos a amar	13
3. En Nazaret aprendemos a trabajar	17
4. En Nazaret aprendemos a orar	19
5. En Nazaret aprendemos a encontrar la paz	23
6. En Nazaret aprendemos a crecer en humanidad	25
Oración del Laico y Laica Sa-Fa	27

Prólogo

Laicos y Laicas Sa-Fa. Este documento se dirige a todos los laicos, hombres y mujeres, que están en contacto con los Hermanos de la Sagrada Familia, ya sea como responsables, colaboradores o destinatarios de las obras educativas Sa-Fa en diversas partes del mundo, o como personas que comparten su espiritualidad. Es un documento sencillo, destinado a trazar el perfil de un laico y una laica que desean vivir su vida humana a la luz del Evangelio según el carisma transmitido por el Hermano Gabriel Taborin y bajo el impulso del Espíritu Santo en cada cultura y en este momento de la historia. Es una ayuda que se ofrece a todos, a los que tienen fe, a los que buscan, a los que simplemente desean vivir humanamente bien. De hecho, el Evangelio es un regalo para que todos vivan su vida con esperanza y responsabilidad.

Bajo el mismo techo de Nazaret. El título del documento cita las palabras del Hermano Gabriel Taborin, Fundador de los Hermanos de la Sagrada Familia. Nos invita a referirnos a la familia de Nazaret, Jesús, María y José. La expresión “*bajo el mismo techo de Nazaret*” indica la ciudad y la casa en la que vivían, donde creció Jesús, el Salvador del mundo. No es sólo una referencia histórica y geográfica, sino una invitación a vivir el Evangelio en nuestra vida cotidiana, personal y familiar, con la sencillez, la fe y la riqueza humana que identificó a la familia de Nazaret. La característica fundamental del modo de vida de Nazaret es una espiritualidad de lo cotidiano, una espiritualidad encarnada que cuida y atiende de una manera especial los vínculos entre nosotros y con los demás. Es una forma de vida que es posible para todos.

Un documento intercultural. El documento nació de la colaboración de algunos Laicos y Laicas de la Familia Sa-Fa de diferentes partes del mundo: Argentina, Burkina Faso, Ecuador, España, Italia y Uruguay. Por ello, conserva el estilo, las características y la sensibilidad de las personas que contribuyeron a su redacción. El texto no tiene la ambición de ser un modelo de perfección literaria, pero tiene el mérito de que nació de un trabajo sinodal, de una larga escucha mutua, respetando las diferencias culturales y de género. Lo ha escrito gente sencilla, que vive el carisma del Hermano Gabriel y ahora lo ponen a disposición de todos, como un regalo fraternal.

Un texto abierto. Nuestro deseo es que, más que un documento, este texto sea una oportunidad y un espacio de diálogo, de escucha, de compartir. En este sentido, deseamos que sea un “texto abierto”, que crezca con el tiempo. Por este motivo, os invitamos a todos y cada uno de vosotros a compartir las reflexiones y pensamientos que surjan de su lectura, compartiendo vuestras aportaciones con el resto de la Familia Sa-Fa.

Esta reflexión en común nos ayudará a afrontar nuestra vida con confianza, sabiendo que la compartimos con tantos hermanos y hermanas dispersos por el mundo.

Que la Sagrada Familia de Nazaret, siempre atenta a las inspiraciones del Espíritu, nos ayude a dejarnos conducir por Él en este camino.

1. Laicos en la Familia Sa-Fa, convocados a vivir un mismo espíritu

*“Donde está tu tesoro,
allí estará también
tu corazón”*
(Mt 6, 21)

*“Porque el que hace la voluntad
de Dios, ese es mi hermano,
mi hermana y mi madre”*
(Mc 3, 35)

Los Laicos y Laicas, ante todo, somos seres humanos, hijos de Dios, creación suya; creación tan buena como inacabada, que está llamada a crecer en semejanza, ya que tenemos la impronta-imagen de Dios- y el punto de llegada -el Hijo de Dios-.

Aun así, podemos ser indiferentes a nuestros hermanos; de ahí que la pregunta de Dios a Caín siga vigente hoy: *“¿Dónde está tu hermano?”* (Gn 4,9).

Por otra parte, somos seres relacionales llamados a la fraternidad; Jesús nos recuerda que, si nuestro “tesoro” son las cosas: *“Donde está tu tesoro, allí está tu corazón”* (Mt 6, 21), viviremos en competencia por ellas; pero, si son los otros, estaremos en camino de vivir “el espíritu de familia” resaltado por el Hermano Gabriel Taborin.

A su vez, es necesario subrayar el deseo de Dios: “*Vosotros sois todos hermanos*” ya que los Laicos y Laicas de la Familia Sa-Fa somos parte del “Pueblo de Dios” que es la Iglesia, que está llamada a ser servidora del mundo, atenta a su devenir y a sus necesidades. La Familia Sa-Fa es parte de la Iglesia peregrina en la historia, convocada por el carisma confiado al Hermano Gabriel, que quiere vivir la fe, la esperanza y el amor. Un pueblo que camina con otras familias carismáticas siguiendo a Jesús, que es “*Camino, Verdad y Vida*” (Jn 14, 6). Él, desde su vida cotidiana en Nazaret hasta su muerte en Jerusalén, nos revela el camino verdadero, es decir, el de la humanización plena, el de la vida abundante para todos “*Yo he venido para que todos tengan vida y la tengan en abundancia*” (Jn 10, 10).

Una Laica, un Laico Sa-Fa, es alguien que, junto a otros (no en solitario), sigue a Jesús poniendo el acento en un aspecto: la vida de familia en la cotidianidad, tan discreta como fecunda y transformadora durante sus treinta años en Nazaret.

En estos tiempos difíciles del siglo XXI, en contextos y culturas diferentes, contemplamos el Misterio amoroso de Dios revelándose en aquella pequeña aldea. Allí Jesús, el Hijo de Dios, viviendo como uno más, alimentado por la fe de su pueblo en un Salvador, iba descubriendo un nuevo rostro de Dios. En silencio y atento a la realidad del sufrimiento de los más frágiles: niños, mujeres, pobres, enfermos... iba madurando una relación especial con su *Abba* y la esperanza de un mundo nuevo más humano y fraterno, de “*todos hermanos*”. El Hermano Gabriel nos legó este carisma que estamos llamados a ofrecer creativamente a otros.

Para los Laicos y Laicas Sa-Fa, Nazaret es nuestro referente carismático, nuestro hogar, escuela y taller. Somos cristianos

conscientes de nuestra identidad de hijos de Dios y, por ende, hermanos y hermanas en la fe de todo aquel que está a nuestro alrededor. Es por ello que vivimos profundamente nuestra humanidad como miembros de la Iglesia cuando nos relacionamos fraternalmente con los demás, buscando el bien común y cuidando el don de la creación. Vivimos y compartimos la alegría del Evangelio anunciado por Jesús de Nazaret (Lc 4, 16-30), tal y como lo vivió familiarmente con María y José.

Valoramos la herencia de vida transmitida por el Hermano Gabriel Taborin. Aceptamos su legado y trabajamos para que este continúe dando frutos, caminando codo a codo con los Hermanos de la Sagrada Familia de hoy, siempre apoyándonos mutuamente en ese regalo del Espíritu que enriquece a la comunidad humana y al que llamamos “carisma nazareno-taboriniano”.

En Nazaret, Jesús, María y José son una familia que experimenta muchas vivencias transformadoras: desde el enamoramiento de María y José hasta la muerte de cada uno de sus miembros. Sus vínculos y valores en la convivencia nos hablan del *“espíritu de cuerpo y de familia”* que el Hermano Gabriel describe en la Circular 21 del final de su itinerario como Hermano:

“El espíritu de cuerpo y de familia nace de la caridad y, en consecuencia, de Dios que es caridad misma. Todos los miembros que componen una Congregación en la que de verdad exista este espíritu, tienen un solo corazón y un alma sola; se aman y se ayudan mutuamente, comparten las alegrías, las penas, los éxitos y los fracasos de todos; las atenciones recíprocas y una entrañable fraternidad unifican los espíritus y caracteres más diversos. [...] Que cada uno de vosotros haga todos los esfuerzos

para que este espíritu se introduzca cada vez más en nuestra querida Congregación y así gozaremos por anticipado de la felicidad del paraíso, hacia el que tendemos con todas nuestras fuerzas” (Circular 21 de 1864, año de su muerte).

En Nazaret descubrimos una verdadera “escuela de humanidad” que se ilumina con un lema que nos une como verdadera familia a los Hermanos y a todos los Laicos y Laicas Sa-Fa: En Nazaret se oraba, se trabajaba y se amaba.

2. En Nazaret aprendemos a amar

“Todos vosotros sois hermanos”

(Mt 23, 8)

“En cuanto lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”

(Mt 25, 40)

Como Laicos y Laicas en la Familia Sa-Fa, estamos llamados a vivir el amor fraterno, entre nosotros y con los que nos rodean. El Hermano Gabriel es el ejemplo concreto al que nos referimos y que nos insta a ser *“un solo corazón y una sola alma”*, amándonos y ayudándonos mutuamente; compartiendo alegrías, penas, éxitos y fracasos.

El respeto y el amor a cada persona es el valor fundamental que nos guía: *“En cuanto lo hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicisteis”* (Mt 25, 40).

Así pues, ¿cómo podemos los laicos acercarnos a la espiritualidad Sa-Fa haciendo que esa intuición evangélica cobre vida en nuestra vida cotidiana?

La Sagrada Familia nos enseña los lazos que les unían y que les llevaba a cuidar y preocuparse por el otro: *“Tu padre y yo te buscábamos angustiados”* (Lc 2, 48).

Desde la fe, vemos en la unión familiar de Jesús, María y José un ideal inspirador de plenitud, de equilibrio, de desarrollo y de verdadero amor. Para el laico Sa-Fa toda experiencia de relaciones familiares puede inspirarse en la unión de la familia de Nazaret, porque todo amor lleva en sí algo de la paternidad, maternidad y filiación de Dios. El respeto al misterio del amor que encontramos en cada expresión de la vida familiar es un impulso para animar a cada familia que frecuenta los centros de la Familia Sa-Fa a inspirarse en la Sagrada Familia de Nazaret como un ideal deseable y accesible.

Estamos invitados a caminar... sigamos caminando. Lo que se nos promete es siempre más. No desesperemos con nuestros límites, pero tampoco renunciemos a buscar la plenitud de amor y de comunión que se nos ha prometido (Cfr. *Amoris Laetitia*. 325).

El Hermano Gabriel especifica que la tarea de los Hermanos es ocuparse de *“toda clase de obras buenas”* por amor a Dios y al prójimo. Nos imaginamos que cuando le preguntásemos a Gabriel: ¿De qué tenemos que preocuparnos?, nos miraría a los ojos con su intensa mirada y nos respondería: *“¡Preocupémonos de todo y de todos! Cultivemos las buenas relaciones entre los Laicos y los Hermanos, así como entre los padres y los hijos, los profesores y los alumnos, los catequistas... para convertirnos en hermanos atentos a todas las formas de pobreza”*.

Como hombres y mujeres, dediquemos tiempo a aprender a amarnos con la conciencia de ser plenamente nosotros mismos, cada uno con sus limitaciones y cualidades. Para aprender a amar es necesario comprender que a menudo somos los hermanos más pequeños, los más necesitados de amor. Viviendo el amor incondicional a los demás sobre nosotros mismos, como

en la familia de Nazaret, podremos llevar el Amor a todo lo que hacemos y a todas las personas que encontramos.

Como esposos nos inspiramos en la Trinidad, que es una relación de profundo amor, de intercambio continuo de ternura, comprensión y creatividad que genera unidad y fuerza en la diversidad. Acompañémonos mutuamente, respetando el tiempo y el espacio del otro, y regalémonos una comprensión profunda e íntima en la que experimentar la alegría de ser pareja.

Como padres podemos mirar a Dios, que es el amor de un padre y una madre, y a María y José, que lo experimentaron concretamente en su vida cotidiana. Con la maternidad y la paternidad descubrimos que el amor puro y verdadero por los hijos es alegría y vida plena, es crecimiento hecho de caídas, perdón y redescubrimiento. Es purificar, redescubrir lo esencial; los hijos nos pueden ayudar a conocer el amor puro: el amor incondicional, lleno de luz, lleno de emociones bellas y verdaderas.

Como profesores, educadores, catequistas o en cualquier otra misión intentemos tener una mirada atenta a todos para ayudarles a crecer “*en sabiduría y gracia*” como Jesús de Nazaret. El amor al otro nos compromete a crear procesos que sean realmente humanizadores y a ser “sal y luz” para el mundo en el que vivimos.

Como Laicos y Laicas Sa-Fa compartimos con otros la experiencia de la fraternidad, porque da la posibilidad de comprender y experimentar el “sabor” del amor; no sólo porque así aprendemos a dirigirnos al otro con una mirada amorosa, sino porque muchas veces nos reconocemos y crecemos en la mirada amorosa del otro hacia nosotros.

3. En Nazaret aprendemos a trabajar

“¿No es este el hijo del carpintero?”

(Mt 13, 55)

Jesús, como nosotros, *“trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre”* (GS, 22).

En Nazaret se concibe el trabajo como una entrega cotidiana donde cada cual pone sus dones a disposición de las necesidades de los otros. Por humilde que parezca, el sencillo trabajo de María y José permite que Jesús se pueda ir ocupando de *“las cosas de su Padre”*. En Nazaret el trabajo humaniza y favorece el crecimiento y el desarrollo de las personas. Su trabajo permite vivir a la familia y contribuir a la sociedad.

No son la ambición o el protagonismo, sino las pequeñas virtudes (sencillez, humildad, justicia, paz, alegría, paciencia, cortesía, serenidad, afabilidad, atención en el servicio, compasión...), las que han de guiar nuestro trabajo de Laico y Laica Sa-Fa. Estas virtudes marcarán la diferencia. Los años ocultos en Nazaret nos revelan que no importa tanto la repercusión del trabajo o el reconocimiento social del mismo, cuanto el amor con el que se lleva a cabo.

Los Laicos y Laicas Sa-Fa nos ponemos al servicio del mundo tendiendo puentes de fraternidad allá donde sea necesario: sabiendo trabajar en equipo, buscando transformar el mundo en

una verdadera familia de Dios, promoviendo la idea de pertenencia a un solo pueblo, situando a Dios en el centro de todas las relaciones.

De forma muy significativa, los Laicos y Laicas Sa-Fa no trabajamos “por cuenta propia”, por eso nos ofrecemos a la Iglesia y a la Familia Sa-Fa para colaborar en la educación, la catequesis, la animación litúrgica, la solidaridad y en “*toda clase de buenas obras*”.

Además, esta labor la desarrollamos en el ámbito profesional, donde cada uno esté situado, buscando la justicia, la honestidad, el bien común de la sociedad y las relaciones laborales dignas, asociando al trabajo la posibilidad de poder transformar el mundo y la sociedad en una gran familia fraterna y solidaria. Desde esta perspectiva el trabajo se convierte en misión en favor del “*Reino de Dios y su justicia*” (Mt 5, 33).

El trabajo se convierte, por ello, en ocasión privilegiada de testimonio, obrando conforme a los mismos valores evangélicos que, sin ruido ni pretensión, se fueron haciendo un hueco en la carpintería de Nazaret. Los Laicos y Laicas Sa-Fa estamos llamados a convertir nuestro medio de vida en medio de Vida, abriendo “espacios de Nazaret” en nuestro entorno laboral.

Frente a una concepción meramente finalista, reconocemos y valoramos el sentido humanizador que aporta el trabajo, según las diferentes culturas y lugares donde nos afincamos.

4. En Nazaret aprendemos a orar

“María guardaba todo esto en su corazón”

(Lc 2, 51)

“Los padres de Jesús iban todos los años para la fiesta de Pascua”

(Lc 2, 41)

Jesús, creciendo con María y José, nos invita a vivir una espiritualidad encarnada en la vida cotidiana, integrando todas las dimensiones de la persona humana.

Seguimos el ejemplo de la familia de Nazaret, “sencilla y humilde”. Cristo vivió la vida con María y José a diario, con sus alegrías y sus penas, sus esperanzas y sus decepciones, sus responsabilidades y sus fragilidades.

Bajo la mirada de Dios, el Laico y la Laica Sa-Fa somos invitados a descubrir y experimentar una espiritualidad encarnada en la vida cotidiana. Así, la vida humana es llevada a la oración como ofrenda diaria al Señor que invita a vivirla con sencillez y plenitud, con abundancia (Jn 10, 10) y a dar frutos (Jn 15, 11-16a): los que produce la Caridad (1 Cor 13, 8).

Esta espiritualidad nazarena invita a quien la vive a dejarse tocar simplemente por el día a día para hacerlo cada vez mejor. Nazaret nos invita a vivir una actitud contemplativa en todas las circunstancias de la vida. En Nazaret entendemos el valor

del silencio como actitud que nos ayuda a mirar con los ojos del alma sin distracciones, al estilo de María que *“guardaba todo en su corazón”* (Lc 2, 51).

María y José, en Nazaret, tuvieron una actitud de presencia, de paciencia; una mirada de fe y de amor para ver el misterio de la salvación actuando en las diferentes circunstancias de sus vidas. Los acontecimientos que marcaron la vida de Cristo desde la Anunciación hasta su muerte en la cruz no fueron fáciles de aceptar para la familia en la que Dios se encarnó. Sin embargo, supieron contemplar lo divino en lo humano y respondieron a la voluntad de Dios. Así María supo decir *“hágase a mí según tu Palabra”* (Lc 1, 38). José se puso en camino, *“tomó de noche al niño y a su madre y se fue a Egipto”* (Mt 2, 14) según le había dicho el Ángel. Y Jesús aprendía a obedecer: *“Y bajó con ellos a Nazaret”* (Lc 2, 51).

Así, los Laicos y Laicas Sa-Fa estamos invitados a una vida de contemplación abriéndonos a Dios y dejándonos transformar por este Amor para vivir la mística de la espiritualidad encarnada en la contemplación del rostro de Cristo en cada persona y en la naturaleza.

María, que contemplaba la obra de Dios con confianza y amor, *“guardaba todo esto en su corazón”* (Lc 2, 51) llevando en su seno la Palabra de Dios, haciéndose “portavoz” del mundo. Con ello aprendemos que la intimidad con Cristo sólo se consigue a través de su Palabra.

Alimentamos nuestra relación con Dios cultivando una intimidad personal que nos lleva a compartir la mesa de la Palabra y de la Eucaristía; así, los Laicos y Laicas Sa-Fa encontramos en la escucha de la Palabra de Dios y en la participación en la Eu-

caristía el camino real hacia una vida espiritual, profunda y gozosa que se aleja del ritualismo. Para el crecimiento espiritual, los Laicos y Laicas Sa-Fa compartimos con los demás los frutos de nuestra intimidad con Cristo (Lc 24, 18-35), pues sin ella no podemos hacer nada (Jn 15, 15).

En Nazaret se aprende a rezar, a vivir el Padrenuestro, a compartir el pan y a concretizar el sueño de Jesús, su intimidad con el Padre y con María y José. Este también es el sueño del Hermano Gabriel Taborin.

No solo rezar al Padre con Jesús, María y José, sino también invocar su protección. La invocación “*Jesús, José y María, iluminadnos, socorrednos, salvadnos*” es una de las oraciones de confianza en nuestros patronos que acompañó al Instituto, desde su origen.

5. En Nazaret aprendemos a encontrar la paz

“La paz esté con vosotros”

(Jn 20, 19)

Nazaret nos revela el sueño de Dios para la humanidad. Nos llama a ser familia y a vivir buenas relaciones con todos: este es el Reino de Dios anunciado por Jesús, que sostiene nuestro deseo de realizar una sociedad justa y solidaria, junto a todas las personas de buena voluntad. Pero sabemos las adversidades, persecuciones y conflictos que esto puede acarrear. Así también lo vivieron Jesús, María y José y el mismo Hermano Gabriel en su contexto eclesial y social.

En el amor, el trabajo y la oración vamos gestando la Paz que Jesús vino a traer a este mundo (Lc 12, 51), puesto que *“Él es nuestra paz”* (Ef 2, 14).

En el encuentro con los hermanos y hermanas se vivencia el valor de la paz, que trae la presencia de Dios: *“Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mt 18, 20).

Estar en paz es estar bien con uno mismo, es un proceso de interioridad donde cada uno encuentra a Dios, es como el paso que se nos propone para vivir en plenitud con otros y otras. Se construye haciendo experiencia de la vida comunitaria, en los pequeños gestos, al salir al encuentro del otro. Se vive cada vez que nos encontramos para rezar juntos, para celebrar la vida o

al trabajar por el prójimo; se construye compartiendo lo que nos pasa, alegrías y penas; buscando soluciones juntos, y apoyándonos unos a otros, en el abrazo sincero. La paz se manifiesta como un bien interior y la podemos encontrar en el respeto a las diferencias, a la interculturalidad, a la interreligiosidad, a la justicia social.

Se vive la paz disfrutando de las cosas simples como es la oración de bendición de la mesa, el sentir la mirada tierna de la Virgen cuando entramos a un templo, cuando contemplamos a nuestra familia y la naturaleza, y las disfrutamos. Construimos la paz cuando no somos indiferentes ante las injusticias y nos ocupamos para hacer algo al respecto, involucrándonos. También se encuentra paz cuando se perdona a quienes nos han hecho daño.

Se siente paz en la oración contemplativa, en el silencio, cuando se vive la comunión con los seres queridos que ya están en la casa del Padre Dios. En familia y en comunidad nos ayudamos a encontrar el sentido a la fragilidad, la muerte de un ser querido, la falta de salud, los caminos de dolor...

La paz es la naturaleza del perfil del Laico y Laica Sa-Fa. Hay lugares y personas que nos traen paz: las misiones, los encuentros de fraternidad, compartir la palabra en comunidad, el Evangelio de todos los días, leer la Palabra en familia...

El camino para encontrar la paz es el encuentro, personal y comunitario, con Jesús en la oración y dando testimonio de vida en abundancia.

6. En Nazaret aprendemos a crecer en humanidad

***“Y Jesús iba creciendo en sabiduría,
en estatura y en gracia ante Dios y
ante los hombres”***

(Lc 2, 52)

“Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia”

(Mt 6, 33)

El crecimiento de la persona se basa en el crecimiento intelectual y cultural (*“en sabiduría”*), en el crecimiento físico (*“en estatura”*) y, en el crecimiento espiritual, descubrimiento y conocimiento de Dios (*“en gracia”*). Jesús enseña ese crecimiento integral a través de su propia persona. En Nazaret se favorece ese crecimiento.

Nazaret es una escuela humanizadora. Es el espacio en el que María y José aprenden cómo responder a la misión que les ha sido encomendada: María aprende a ser mujer, madre y esposa; José va desarrollando su corazón de padre y esposo.

“La verdadera sabiduría supone el encuentro con la realidad” (Fratelli tutti, 47). La vida cotidiana es un lugar privilegiado donde nos formamos humana y cristianamente en esa sabiduría que nos ayuda a vivir en la sociedad y el mundo y a saber adaptarnos a las circunstancias. No podemos caer en el riesgo de eliminar aquella parte de la realidad que nos molesta o desagrada, aislándonos de lo que sucede alrededor.

A imagen de María y José, los Laicos y Laicas Sa-Fa estamos llamados a crecer, a desarrollar nuestra vocación dentro de esa realidad en la que vivimos; a leer los signos de los tiempos, a responder de manera creativa y responsable y a hacer de cada problema una nueva oportunidad.

De la escuela de Nazaret aprendemos que el encuentro con el otro, la escucha, la reflexión serena, el diálogo y la fraternidad nos ayudan a “*crecer en sabiduría*”, aunque en ocasiones, corremos el riesgo de dejarnos llevar por una formación que nos satura de informaciones y que no nos ayuda a crecer.

En Nazaret, Jesús va madurando hacia la plenitud de hijo, hermano y persona adulta. A su imagen, los Laicos y Laicas Sa-Fa podemos apostar por crecer en pensamiento crítico, por asumir nuevas responsabilidades en la transformación de la sociedad y por formarnos para llevarlas a cabo.

Creer implica avanzar en un camino de formación y maduración. En la escuela de Nazaret nos sentimos impulsados hacia una formación que nos hace cada vez más humanos y nos permite crecer espiritualmente. Esta maduración nos capacita para interpretar toda nuestra vida, la realidad de las personas, la sociedad actual y las culturas que nos rodean a la luz de la Buena Noticia del Evangelio.

Como Laicos y Laicas Sa-Fa “*estamos llamados a crecer como evangelizadores*” (EG. 121) y a ofrecer nuestro testimonio.

Como Laicos y Laicas Sa-Fa apostamos por la formación y el crecimiento de la fe en familia, por eso, hemos de crear espacios de evangelización en los que comunicar a Jesús.

Oración del Laico y Laica Sa-Fa

Señor y **Padre** de la humanidad
que nos convocas bajo el mismo techo de Nazaret
para estar cada vez más atentos a la pregunta
“¿Dónde está tu hermano?” (Gen 4, 9),
impúlsanos a crear una sociedad más justa y fraterna.

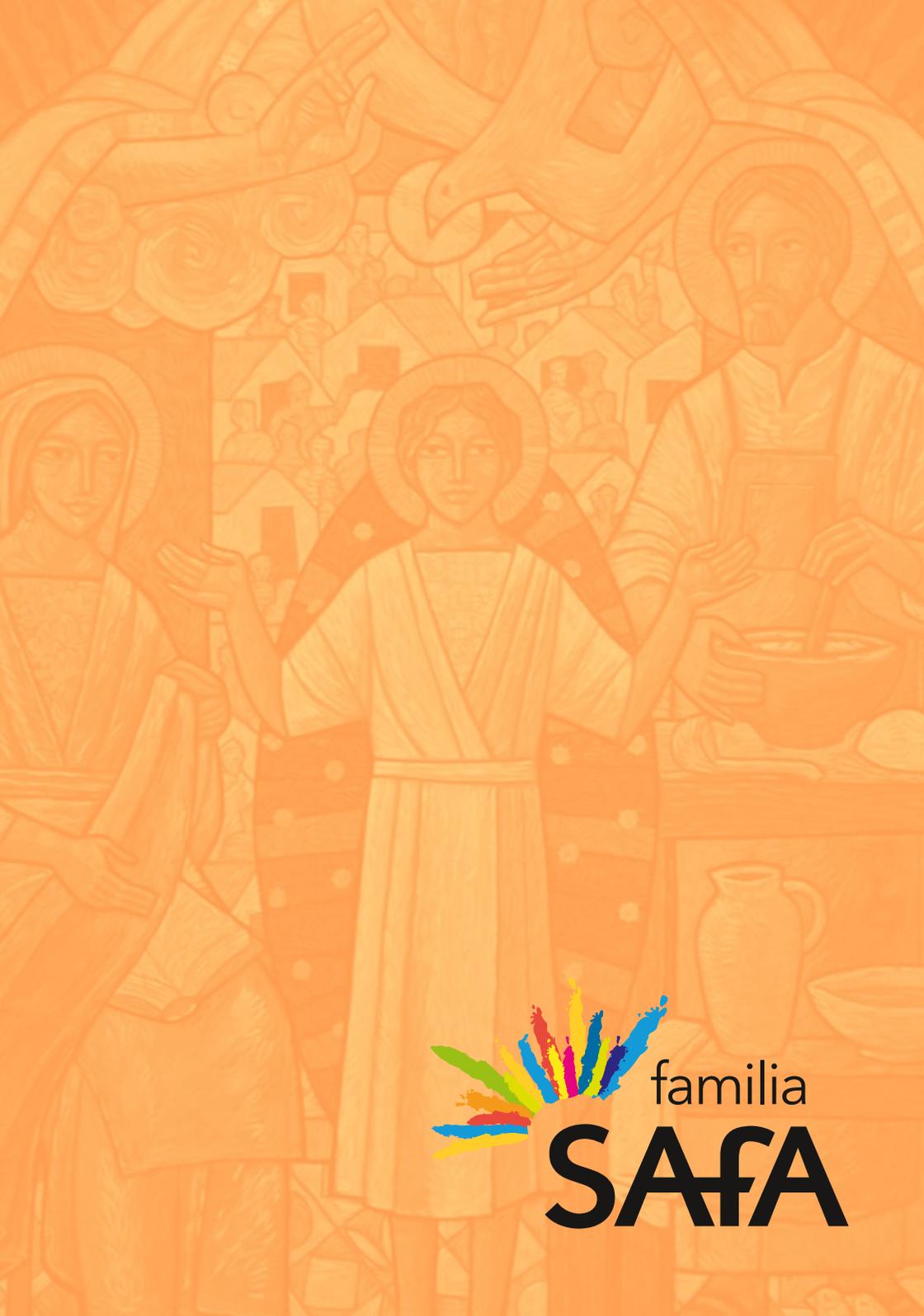
Señor, **Hijo** de Dios Encarnado,
que infundes en nosotros esta profunda convicción:
**“el que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano,
mi hermana y mi madre”** (Mc 3,35),
abre nuestro corazón a todos los pueblos de la tierra.

Espíritu Santo, aliento que nos transforma,
y nos recuerda las palabras de Jesús:
“Todos sois hermanos” (Mt 23, 8),
derrama en nosotros ese Amor que nos hace
comportarnos solidariamente unos con otros.

Santa **Familia de Nazaret**, reunida en torno a Jesús,
reconocido como **“el hijo del carpintero”** (Mt 13, 55)
y de **María**, que **“guardaba todo en su corazón”** (Lc 2, 51),
regálanos la Paz que nos prometes con tu saludo pascual:
“La paz esté con vosotros”.

Querido **Hermano Gabriel**,
que nos enseñas a crecer en humanidad
desde esa vida cotidiana que nos toca habitar,
sigue mostrándonos el camino que nos permita seguir a Jesús
quien en nosotros continúa **“creciendo en sabiduría,
en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres”**
(Lc 2, 52).

AMÉN



familia

SAFA